

relatos de verano

COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 @AscSombraCipres
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR

MOISÉS GONZÁLEZ MUÑOZ

OBRAS:

Candiles para Lucía;
 El joyero de Carla



eaá ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR
 DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN
 DE BIENES CULTURALES
 DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR

DIEGO SÁNCHEZ VILLAMOR

@daityer



El adiós

Dejé atrás mi periplo campusino a finales de septiembre de 1973, concluida la recolección de la cosecha veraniega y tres días después de la celebración de la Fiesta de Nuestra Señora del Socorro. La tarde del día anterior me despedí del pueblo, los amigos, la familia y también de algunos animales que habían crecido junto a mí, dispuesto a emprender una nueva aventura en territorio extraño. Me alejaba de mi infancia para afincarme en una ciudad de la que apenas conocía su nombre, donde se hablaba un idioma diferente al mío y obligado a convivir con gentes que nada tenían que ver con las que habían formado parte de mi mundo anterior.

En aquel adiós definitivo al Valle Amblés, tras la corta y lejana etapa asturiana de mi infancia y un efímero viaje turístico por tierras gallegas, me acompañó una tía materna.

Concluida la emotiva despedida de mi abuela materna, a las puertas de su casa labriega, mi abuelo, mi tía y yo partimos una buena mañana de sábado por la carretera empedrada con las maletas cargadas a lomos de una burra. Nuestras pisadas se fundían con las de la bestia para atemperar el silencio con que el azulado cielo abulense cubría mi despedida. El desplazamiento hasta el pueblo vecino donde paraba el correo que cubría el trayecto El Barco - Ávila, otras veces eterno, ese día me resultó fugaz.

A las puertas del Parador, bajo el escrutinio de la Beni, me abracé a mi abuelo y descubrí que para él aquel adiós era también una especie de final: la dolorosa ruptura de una relación íntima y especial; el cierre definitivo de una etapa que jamás regresaría.

Una vez acomodados en el coche de línea, y antes de que el chófer pusiera rumbo a la capital, miré por la ventana y vi que el anciano y la borrica se alejaban con la cabeza baja en dirección al lugar de mis días felices. Con la mirada perdida tras el cristal me enjugué las lágrimas intentando que mi tía no se percatara. A pesar de que el pueblo y la ciudad solo distaban unos veinte kilómetros entre sí, las repetidas paradas para recoger a los pasajeros, la lentitud del vehículo y la prudencia del conductor estiraron la distancia entre ambos lugares como si de una goma elástica se tratara.

Concluido el viaje en la antigua estación de la Calle San Segundo, frente al arco de la Catedral, nos apeamos del correo para arrastrar las maletas por el adoquinado abulense hasta la estación de la Renfe. Nada más pisar la plaza de Italia mis ojos se posaron en la fortificación Diocesana y mientras bordeábamos el internado con dirección a la calle Duque de Alba a mi mente regresaron algunos de los momentos vividos tras aquellas paredes. Al dejar atrás la plaza de Santa Ana el sol ya se había despedido y llegamos a la estación jadeando.

Dos horas después de perder de vista Ávila divisamos Madrid. Mis venideros quince años no imaginaban que cinco décadas después, para escarnio abulense, aquella mísera distancia requeriría del mismo tiempo para completarse gracias al olvido institucional y la desidia de los apoltronados.

Para un adolescente pueblerino, al cual Ávila ya se le antojaba aparatosa, Madrid, la ciudad de la que tanto había oído hablar en la radio y algunas veces había visto en la televi-

sión, me pareció desproporcionada. Todo resultaba ostentoso y estaba pensado a lo grande: el perímetro de la urbe que fui siguiendo a través de las ventanas del tren, la estructura de los edificios, el asfalto, la amplitud de las calles... Nada más abandonar la estación de Atocha mis ojos se toparon con el ajeteo circular de la capital y no daban crédito. Comparado con el remanso abulense, aquel maremágnum me parecía una locura. Coches, autobuses, motos, taxis, furgonetas, camiones y peatones se entremezclaban entre sí, como por arte de magia, esquivándose en el último instante para no impactar, como si aquel caos estuviera guiado por unos hilos imaginarios. Yo, que era la primera vez que pisaba la capital, no entendía que los edificios alcanzaran el cielo, me sobresaltaba con el ruido del tráfico y los bocinazos y me extrañaba que la gente caminara como autómatas, sin saludarse, siguiéndose o apartándose al cruzar las avenidas cuando el guardia de tráfico, gesticulando de manera cómica y haciendo sonar su silbato, les conminaba a que se apresuraran. Estaba tan absorto en aquella vorágine colectiva que no salí de mi ensoñación hasta que mi tía me tocó en el hombro para decirme que le diera la maleta al taxista que nos iba a llevar hasta Chamartín.

Durante el trayecto por la urbe mis ojos permanecieron fijos en el cristal intentando asimilar aquel torrente de novedades. Nada más entrar en el vestíbulo de la estación ferroviaria descubrí un enjambre de viajeros arrastrando el equipaje y pululando de aquí para allá como empujados por una descarga. Nosotros, que de momento solo íbamos a dejar las maletas en consigna porque teníamos que hacer unas visitas de cortesía, ya que aún nos quedaban varias horas antes de subirnos al tren de larga distancia, parecíamos dos náufragos en medio de un mar embravecido. Por desgracia, conservo nítidas en la memoria aquellas taquillas metálicas que años después pasarían al olvido para evitar que en ellas se ocultaran los artefactos sembradores de la muerte.

Una vez aparcado el equipaje cogimos otro taxi que nos llevó al piso de unos amigos de mis abuelos a los que estos acogían en su casa del pueblo todos los veranos. Nuestra llegada pilló por sorpresa a los madrileños y al ver la hora que era nos invitaron a comer. Para desconuelo mío, mi tía declinó la oferta alegando que teníamos una visita pendiente y que ya nos comeríamos los bocadillos que habíamos dejado en la consigna. Aunque apenas estuvimos una hora en aquella casa, el aroma que venía de la cocina me fue martirizando la pituitaria y mi estómago comenzó a salivar como el perro de Pavlov.

Cuando nos disponíamos a despedirnos de los anfitriones se oyó la puerta de la calle y unos pasos avanzaron por el pasillo hacia el salón donde nos encontrábamos. Me imaginé quién podía ser, ya que el matrimonio tenía una hija unos años mayor que yo a la cual recordaba de su última visita al pueblo, el año anterior, y ante quien había caído rendido por su belleza, su elegancia y una piel delicada que se asemejaba al pétalo de una rosa en primavera. Sin embargo, casi se me corta la respiración y tuve que frotrarme los ojos al verla aparecer con aquel aspecto lamentable. La flor a la que yo recordaba no se parecía en nada a aquel deshecho que tenía frente a mí. Su

cuerpo era un montón de huesos disfrazado con ropa cara pero que le quedaba como un saco; la piel de la cara, blanca como la cal que utilizaba mi abuela para enjalbegar las paredes, tiznaba su rostro con un halo mortecino; su mirada, ausente, parecía haber expulsado la belleza de los ojos, y su voz, apenas un hilo, surgía esquivo de las catacumbas. La moza apenas permaneció unos instantes con nosotros, luego se despidió y se escuchó el cerrar de una puerta. Durante unos segundos se hizo el silencio, momento que aprovechamos para anunciar nuestra partida. Nada más cerrarse la puerta del ascensor mi tía comentó que la chica sufría una enfermedad mental, pero yo no logré descifrar qué relación podía haber entre la mente y el físico de aquella chica que yo recordaba esplendorosa. No sería hasta años después cuando vinculé aquella enfermedad con la anorexia.

Nada más pisar la calle, y mientras buscábamos otro taxi, le reproché a mi tía que hubiera rechazado la invitación de los madrileños para quedarnos a comer, pues me moría de hambre. Para mi sorpresa, ella contestó que también le apetecía, pero que íbamos muy mal de tiempo y debíamos pasar por el Hospital de La Paz para visitar a su amiga del pueblo, que estaba ingresada a causa de una enfermedad casi desconocida por entonces en el mundo rural. Mi entrada en aquella habitación supuso otro choque, pues el acondicionamiento hospitalario en nada se parecía a lo que yo recordaba de mi infancia cuando me extirparon las amígdalas en la Clínica de Santa Teresa. Durante nuestra estancia allí, las dos amigas dialogaron de sus cosas con absoluta complicidad sin tener en cuenta el discurrir del tiempo, a la par que mi estómago se iba retorciendo martirizado por el hambre. Así, mientras ellas rememoraban su pasado, yo me fui desligando de la conversación para perderme en mi mundo. De improviso, se abrió la puerta y apareció una enfermera con la medicación para la enferma. Al revelar la hora que era mi tía se impacientó y se puso en pie de un salto. Sin esperar a que la asistente completara su trabajo, nos despedimos de la convaleciente y salimos de allí a toda prisa. Cuando abandonamos el hospital era casi la hora de la merienda y no habíamos vuelto a probar bocado desde lo ingerido durante el desayuno en casa de mis abuelos. Tiempo después, cuando regresé al pueblo, la amiga de mi tía había fallecido a causa de una enfermedad que ya se cobraba vidas en silencio sin que poco, o casi nada, pudiera hacer la medicina para remediarlo. Entonces no fui consciente de lo que significaba el cáncer, pues por aquella época, en mi entorno, las personas fallecían de viejos, de un ataque al corazón, durante el parto o de algún mal indiscutible para los médicos rurales.

Dejar el hospital a la carrera debió de violentar al destino, pues a partir de aquel momento todo pareció ponerse en contra nuestra.

Una vez en la calle intentamos coger un taxi, pero no encontramos ninguno libre. Por fin, adelantándonos a una pareja joven que pretendía adueñarse del que nosotros habíamos solicitado alzando la mano, nos subimos al transporte y le pedimos al taxista que nos acercara a la estación de Chamartín. Nada más alcanzar nuestro destino nos dirigimos a la consigna para rescatar el equipaje que ha-



«Durante el trayecto por la urbe mis ojos permanecieron fijos en el cristal intentando asimilar aquel torrente de novedades.»

bíamos dejado por la mañana y así poder dar buena cuenta de los bocadillos que mi abuela nos había preparado para el viaje. A aquella hora de la tarde la estación volvía a ser un avispero de inquietos y los pocos asientos que había diseminados por el vestíbulo estaban todos abarrotados. Después de un buen rato dando vueltas llegamos a uno de los extremos de la estación y decidimos sentarnos en el suelo para reponer fuerzas. Nada más poner las posaderas encima de las baldosas escuché por megafonía la llamada a los viajeros con destino a La Coruña para que se dirigieran al andén donde se hallaba estacionado el tren que los conduciría a su destino. Entonces recordé que nosotros no habíamos mirado qué andén nos correspondía y se lo comenté a mi tía. Ella, que tampoco había caído, hizo un gesto de contrariedad y sentenció que antes de comer debíamos de asegurarnos dónde se encontraba nuestro tren y acordamos dirigirnos a las proximidades para comernos allí el bocadillo.

Caminábamos con parsimonia cuando volvió a sonar la megafonía anunciando que el tren con destino a Barcelona se hallaba estacionado en la vía siete y tenía la salida prevista para las seis y media. Los dos nos miramos a la cara y fuimos conscientes de que tendríamos que saciar nuestro apetito en el departamento del tren. Nos habíamos equivocado con la hora de salida y estábamos a punto de quedarnos en tierra.

Descendimos las escaleras aprisa y corrimos por el andén para localizar el vagón y acceder a nuestro departamento. Una vez acomodados en los asientos de madera miré dentro de la bolsa de viaje donde creía haber introducido la pitanza y mi cara debió delatarme, pues mi tía supo, sin que de mi boca brotara una sola palabra, que allí no había ni rastro de comida. De inmediato recordé que había soltado la bolsa de los bocadillos en el banco de granito que había junto a la pared de la calle de la casa de mis abuelos, al despedirme de mi abuela, y allí se habían quedado.

Después de trece horas de viaje nocturno en un tren borreguero que trotaba por la vía como un potro cerril, compartiendo un espacio incómodo, reducido, maloliente y ruidoso con seis pasajeros más, alcanzamos Barcelona a primera hora de la mañana. Al salir de la estación de Francia la Ciudad Condal me pareció una copia de Madrid por su ajetreo y grandiosidad, pero de camino a la plaza de Cataluña descubrí tres aspectos diferenciales: no me enteraba de qué decía la gente, el graznido de las gaviotas se entremezclaba con el rugido del tráfico y el ambiente estaba impregnado con el aroma y la humedad del mar.

A mediodía, cuando pisé Terrassa, ya comprendía a la perfección lo que significaba el dicho... «Más largo que un día sin pan».



COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 @AscSombraCipres
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR

MOISÉS GONZÁLEZ MUÑOZ

OBRAS:

- Novelas *Candiles para Lucía y El joyero de Carla*
 - Relatos y poemas en varias publicaciones.



eaá ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN DE BIENES CULTURALES DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR

DIEGO SÁNCHEZ VILLAMOR

@daityer



La misa del Gallo

Una de aquellas bolitas de dorado algodón que vieran la luz al despuntar la primavera, finalizado el verano se había convertido en el amo del gallinero. De porte altivo, cresta ensangrentada, con dos cuchillas por espolones y un precioso arcoíris por tocado, embestía con ferocidad a todo aquel que osaba acercarse a las gallinas, en especial si los incautos éramos niños de corta edad. Puntual a su cita con el alba, el trovador anunciaba cada amanecer a pleno pulmón, desgañitándose el pescuezo hasta dejarse el alma en el empeño.

Bajo la perspectiva de mis siete años, aquel truhán representaba una amenaza cada vez que debía adentrarme, solo, en el gallinero de la hacienda de mis abuelos, así que tomé por costumbre armarme con un palo para defenderme de las acometidas cuando le visitaba en sus dominios. El muy pendenciero, conocedor de mis temores, pero sabedor también de mi mala leche con la estaca, me embestía nada más traspasar la puerta, para luego retroceder y mantenerse en guardia, a una distancia prudencial, dispuesto para el abordaje en cuanto le diera la espalda. Ante tal disyuntiva, yo me movía por allí reculando hacia atrás, mientras el miura emplumado, alejado del alcance de mi vara, me retaba con el plumaje esponjado y las alas bien abiertas.

Durante las horas de sol, mis abuelos abrían la puerta del recinto y las aves picoteaban en libertad por el exterior. Si lo hacían por las calles adyacentes se entablaba una tregua entre nosotros, pero si el bravucón se hallaba en el corral yo debía vigilar sus movimientos e inspeccionar los recovecos como si en cada uno de ellos se atrincherara el enemigo. Era tal mi respeto hacia el ave que, con pies de plomo, la respiración contenida y el garrote en alto, avanzaba dispuesto a repeler cualquiera de sus asaltos a traición. Solo al atravesar la cancela del portal de la vivienda me sentía a salvo. Una vez en el interior, y procurando que mi abuela no se percatara, escondía la vara en alguno de los huecos que había entre el vasar y la pared del portal, para poder utilizarla en mis venideras salidas al exterior, pues si ella descubría algún palo dentro de la casa, lo sacaba al corral o lo tiraba a la lumbre y entonces me quedaba más indefenso que un jubilado frente a su pensión.

Según fue avanzando el otoño, gallo y niño mantuvimos el enconamiento: él procurando pillarme por la retaguardia al menor descuido y yo dispuesto a desplumarlo a garrotazos si se presentaba la ocasión. A

pesar de la mutua inquina, el duelo se mantuvo en empate.

En pleno invierno, cuando el hielo morisqueaba las orejas poblándolas de sabañones y los villancicos de la radio copaban las horas que hasta entonces habían pertenecido al señor maestro en la escuela, un descubrimiento novedoso para mí, vino a dar un enfoque diferente a nuestro enfrentamiento. En una conversación entre mi abuela y una vecina escuché que hablaban de una misa de la que yo aún no sabía nada: «La misa del gallo». De inmediato me vino a la memoria el gallináceo y pensé que mi presente se tenía de hollín, pues o Dios me había dado la espalda y se había alineado con el mal, o mi enemigo era descendiente de Satán y no me iba a librar de él ni con mil varas de nogal o cien años de penitencia.

De inmediato comencé a fantasear sobre la misa que se avecinaba, donde el ave parecía ser el protagonista. Me asaltaron infinitas dudas para las cuales no tenía respuesta. Las ideas se agitaban en mi cabeza como movidas por las aspas de una batidora y en todas ellas el plumífero salía vencedor. En las repetidas pesadillas, yo cogía la vara para defenderme del traidor, pero el arma se doblaba como si estuviera hecha de sustancia gelatinosa o se evaporaba como el humo de una chimenea en un día de grisácea ventolera. Entonces me veía desamparado y despertaba de repente, tembloroso y empapado de sudor.

Unos días antes de Nochebuena sentí la necesidad de conocer aquella extraña misa. Algo que yo creí muy diferente al acto en el que me obligaban a participar los domingos y fiestas de guardar en preparación de mi primera comunión. Convencido de que no existiría inconveniente que me lo impidiera, se lo anuncié a mi familia mientras cenábamos. Varios pares de ojos adultos me escrutaron como si les hubiera pedido que me bajaran el cielo y comenzaron a ponerme pegas: mis padres alegando que era un horario muy intempestivo para un niño tan pequeño; mis abuelos afirmando que a aquellas horas hacía un frío del demonio en la ermita; y mis tíos, menos devotos ellos y ella, que me iba a aburrir como nunca y me iban a tener que traer a casa dormido en sus brazos. Yo, que ya opositaba con matrícula de honor a cabezota, insistí en mi petición hasta que conseguí sembrar la duda en varios de ellos y al final pospusieron su decisión hasta el día de autos.

La mañana del 24 de diciembre, mientras desayunaba al calor de la lumbre un

tazón de leche de vaca recién ordeñada y me disponía a partir en busca de mi amigo, mi madre me preguntó si se me había olvidado ya lo de «La misa del gallo» y, ante su estupor, contesté que me abrigaría bien para no pasar frío y que no me dormiría en la ermita si me aburría. Sin embargo, el que no se había olvidado de mí era el gallo que, al pillarme desprevenido cruzando el corral para ir a la calle, me atacó por detrás y tuve que defenderme a patadas. Como resultado del asalto, varios arañazos decoraron mis tiernas pantorrillas durante días.

Superado el altercado, pasé el día correteando con mis amigos por las calles del pueblo, pisando charcos, poniendo cepos, ahuyentando a los chuchos y maquinando mi venganza.

Camino de casa, cuando el atardecer empezaba a acurrucarse tras las lomas, el viento se acostó, el ambiente se impregnó de una calma chica y, mientras las chimeneas vomitaban el humo de los hogares, el cielo se encapotó. Justo antes de que cayera el telón, del silencio comenzó a florecer un manto algodónado que convirtió el pueblo en una preciosa postal.

Durante la cena familiar me acordé del animal y me lo imaginé encaramado a las vigas del techo de la ermita dispuesto para la batalla, amenazando las plegarias con su canto y oteando el horizonte, ojo avizor, hasta descubrir mi presencia en el templo. Me extrañó que uno de mis tíos preguntara si el gallo no era para esa noche, a lo que mi abuela respondió que era para el día siguiente. Sin darle importancia, y al ver que nadie parecía percatarse de mis delirios, tras cantar algunos villancicos, devorar un trozo de turrón y zamparme varios higos secos rellenos de nueces, me levanté para abrigarme, en espera de marchar al exterior a pisotear la virginidad de aquella sábana blanca que acicalaba la noche del pueblo.

Si en la calle el frío enrojecía la nariz de los noctámbulos y entumecía la musculatura de cualquier ser viviente, nada más pisar la ermita, el vaho de los feligreses me anunció una heladora penitencia. De camino a los bancos delanteros, donde nos sentábamos los niños, paseé la vista por las alturas en espera de localizar al villano, pero no hallé ni rastro de él. Dispuesto a adentrarme en el tema de las peticiones celestiales, le rogué al altísimo que el cantor del alba hubiera volado desde las alturas y, en un cálculo erróneo, se hubiera partido la crisma contra la bancada masculina o las filas de reclinatorios femeninos, se lo hubiera tragado la nieve o se hubiera conge-



Masticando en silencio mi error, llegué a creer que mis pies habían abandonado los zapatos para evitar la congelación y no me atreví a rascarme las orejas

lado al abandonar el gallinero y perderse en la noche de hielo. Muy a mi pesar, tuve la certeza de que mis plegarias caerían en saco roto, pues yo aún era un simple ateo. Para colmo, y por si fuera poco, la misa no se asemejó en nada a lo que había imaginado. Masticando en silencio mi error, llegué a creer que mis pies habían abandonado los zapatos para evitar la congelación y no me atreví a rascarme las orejas, con mis dedos de cartón, en previsión de que aquellas se rompieran y se hicieran añicos en el suelo. Por fin, cuando estaba a punto de rendirme al sueño de los justos, una voz tierna me libró de las tinieblas y una mano templada empujó mi hombro para rescatarme de aquel glaciario que me engullía.

Antes de abandonar el templo, me giré y volví a recorrerlo todo con la mirada para ver si el causante de mis desdichas se escondía entre alguno de los rincones del sagrado lugar. Convencido de que el ave se había vuelto a burlar de mi ingenuidad, lo maldije entre dientes y juré tomarme cumplida venganza a la mañana siguiente, día de Navidad. Al saltar de la cama accedería sin piedad al gallinero y le atizaría duro con mi bastón hasta

molerle los huesos. Por fin le dejaría bien claro quién marcaba el terreno en la hacienda campesina.

No sé si producto del frío, de la sempiterna misa, del agotamiento, de trasnochar con tan solo siete años o para enterrar mi frustración, aquella noche dormí a tirones y soñé que el corral se cubría de plumas de múltiples colores y que el cantor mañanero anunciaba el alba con una voz rota y gangosa que parecía emerger de las catacumbas. Preso del desánimo, cuando me proponía quedarme entre las mantas hasta bien entrada la mañana, creí escuchar una algarabía de cacareos y cantos lastimeros de gallo entremezclados con la voz de mi abuelo. Procurando enterrar aquel fatídico despertar, salté de la cama y corrí a refugiarme en la lumbre de la cocina para vestirme y desayunar. Entonces me acordé de la nieve. Una vez dentro de las botas de goma, salí al corral y allí me tropecé con un caldero de zinc humeante donde, sumergido entre un líquido rojizo, boqueaba un amasijo de plumas.

Recordando lo tramado la noche anterior, entré en la gallera dispuesto a cumplir

con mi juramento. Me sorprendió el alboroto de las gallinas y la mirada precavida del otro gallo más joven, pero, sobre todo, la ausencia del que hasta entonces había sido el jefe del harén.

Al mediodía, de vuelta a casa tras pisotear la nieve con mis amigos, percibí un delicioso aroma nada más atravesar la puerta de la calle. Poco después, sentado a la mesa, saboreé aquel delicioso manjar hasta dar cuenta de la última tajada. No fue hasta el día siguiente cuando, al preguntar por el paradero del gallo, me revelaron que nos los habíamos zampado durante la comida de Navidad. Primero puse cara de incredulidad, pero acto seguido recordé que ya no tendría que volver a cruzar el corral a la defensiva y, sobre todo, que me había chupado los dedos.

El nuevo amo del corral resultó ser mucho más tolerante que su predecesor y firmamos la paz, aunque para su desgracia, meses después, el día de la fiesta, correría idéntica suerte que su pariente y terminaría también en el mismo puchero.

A la postre, los gallos suelen acabar sin plumas y cacareando o dentro de la cazuela.